territorio francés. Se le encontraba también en la prensa conservadora y católica y su influencia se manifestaba hasta en el alto es-

tado mayor del ejército.

Los stalinistas franceses habían obtenido estos progresos asombrosos por medio de una propaganda incensante y perseverante, presentándose ante la burguesía como demócratas, como franceses preocupados únicamente por afianzar la seguridad de la democracia, de la patria y del imperio francés.

Incluso la fórmula del "frente popular" les parecía demasiado estrecha: proponían substituirla con la del "frente francés", para poder agrupar a todos los franceses alderredor de la bandera tricolor: los católicos y los anti-clericales, los republicanos y los reaccionarios, los obreros y los patronos. Pues ante sus ojos ya no existía más que un enemigo: Hitler, contra el cual los gobiernos democráticos debian mostrarse irreductibles. Contra el Reich había que tender todas las fuerzas, rehusarle todo, y finalmente llegar hasta la guerra para defender contra él lo que aún subsistía del inicuo tratado de Versalles.

Habían ganado a los intelectuales diciéndoles: defenderemos la cultura contra la barbarie hitleriana; a la burguesía, prometiéndole asegurar el orden en las fábricas; a los jefes militares, ofreciéndoles la alianza con la Unión Soviética y el concurso del poderoso Ejército Rojo; a los judíos, prometiéndoles vengarlos de las odiosas persecuciones que habían sufrido. Y cosa todavía más ex-

traordinaria, a pesar de todas estas apostasías vergonzosas, habían logrado conservar una influencia preponderante en los medios obreros; lo lograban, aunque cada vez más difícilmente, por medio de una demagogia grosera, pero suficiente para alcanzar a los elementos más atrasados de la clase obrera, al canalizar el descontento de los trabajadores contra los jefes socialistas, que habían estado en el poder y que eran, por lo tanto, únicos responsables de los atentados contra las grandes conquistas obreras de "junio de 36".

Los stalinianos franceses no habían alcanzado, es cierto, el fin que se habían propuesto: había militantes obreros clarividentes, cada véz más numerosos, que se negaban a ser objeto de sus maniobras y a hacerse cómplices de su traición. A éstos los denunciaban como "hitleristas", "agentes de Hitler", traidores; emprendían contra ellos, en la prensa y en los discursos, una lucha encarnizada, asombrándose de que el gobierno no los man-

dara a prisión.

En la burguesía también tropezaban con resistencias. Existían, en primer lugar, elementos a los que no podían convencer de ninguna manera: los que estimaban que el fascismo es un método todavía mejor para aplastar a la clase obrera y para romper sus organizaciones; y la de los periodistas que recibían subsidios e inspiración de la Embajada Alemana, como otros los recibían de la Embajada Soviética. Pero los más numerosos vacilaban, sentían dudas sobre la sinceridad del neo-patriotismo de

<sup>(\*).—</sup>A este propósito, una anécdota es reveladora. Una misión militar francesa visitaba la Unión Soviética. Al llegar a un campo de aviación fué recibida con la liternacional. Inmediatamente el general que la dirgiía se cuadró y se llevó la mano derecha al kepía. Su ayudante, asombrado por la enormidad del espectáculo, no pudo menos que hacérselo notar. Pero el general respondió inmediatamente: "¿Qué me importa? ¡Es contra Hitler!"